

¡Grito de indignación!!

Es máxima inconcusa, confirmada además por la historia, que todo pueblo tiene la clase de gobierno que merece. En esta hipótesis, el mundo moderno es digno de los ímpios revolucionarios de baja estofa que rigen sus destinos. Prescindiendo por un momento de los designios inescrutables de la Providencia divina; vuelvo los ojos en torno mío y con ira en el corazón y vergüenza en el rostro contemplo en todas partes numerosa falange de personas cruzadas de brazos, repitiendo impasibles, mientras el huracán ruga y la tormenta crece a fuerza de horribles y espantosas blasfemias contra Dios y su Cristo: «Yo no soy nada: nunca he querido mezclarme en cuestiones: ninguno se mete conmigo y tampoco yo me meto con nadie.» Tan maquiavélico egoísmo merecía que se restableciese en su antiguo vigor aquella costumbre griega que declaraba *infames* y condenaba al ostracismo a cuantos en las discusiones públicas no tomaban parte por ninguno de los bandos.

De seguro no tendrían tan poderosa influencia en el mundo los perdidos y los bribones, si con su inacción no los apoyasen los indiferentes y los que a toda costa quieren o quisieran vivir bien con Cristo y con Satanás a la fuerza. Estos hipócritas que representan a todas horas la comedia indigna del Pretorio de Pilatos, lavándose de continuo las manos ¡y cuánto abundan! a primera vista parecen sólo ridículos; pero, reflexionando más, son y resultan verdaderos criminales.

En efecto; delito horrendo es el suyo de lesa nación, y del cual responderán en su día ante Dios y los hombres, porque todos los que de buenos se precian, tienen el deber ineludible de coadyuvar con sus muchas o pocas fuerzas al triunfo de la causa de Jesucristo y de su Iglesia santa.

Tan radicalmente se han deslindado los campos que no cabe medro ni transacción posible. El que no está en todo con Cristo, está contra Cristo.

Llegará el tremendo día de la batalla, y no valdrá decir: «Yo no quiero meterme en nada y con nadie» porque por la fuerza irresistible de los hechos tendrán que tomar parte o con Cristo o contra Cristo. Dos principios se disputan el dominio de nuestra pobre España; el catolicismo y la revolución, el bien y el mal, Cristo y Satanás.

Guerra, se dice, guerra a Cristo: tal es al presente el grito de la bestia, tenebrosa potencia que se llama Revolución.

Eso suena en el antiguo y en el nuevo mundo. Con un acuerdo desconocido hasta nuestros tiempos, este grito de guerra hace marchar al asalto a to-

dos los cuerpos del gran ejército del mal contra Dios, contra Jesucristo, contra el catolicismo, contra las escuelas cristianas, contra el Papa, los obispos, los sacerdotes, los religiosos, contra el matrimonio cristiano y contra los católicos íntegramente defensores de la buena causa, con la calumnia y el ultraje; con la tea petrolista e incendiaria, con el puñal del asesino y con el hacha del carnicero.

Por lo tanto, católicos de pega a quienes me dirijo, al vado o a la puente: imposible es que sostengáis por más tiempo ese vuestro equilibrio infame y criminal, que irremisiblemente ha de precipitaros en los abismos.

La cuestión que se ventila en nuestra infortunada patria es esencialmente práctica, y se reduce a escoger entre el bien y el mal, el hombre honrado y el bribón, Cristo y Satanás.

Por tanto, los católicos de pega son una verdadera calamidad social, contra cuya egófica existencia nunca se predicará bastante.

Al enemigo franco y conocido se le combate pudiendo cualquiera guardarse de él; pero los que encienden dos velas, una a Cristo y otra muy gorda a Satanás, estos quisieran a todas horas estar bien con todos, ¡ah! estos, son los peores enemigos que tiene Cristo Señor Nuestro.

Presencian impávidos el voraz incendio social, y si los incendiarios les ofrecen en su filas un puesto, atizan impertérritos la llama.

Sobre estos hombres de dos caras descansa la teoría inicua de los hechos consumados por hediondos y criminales que sean. En sus cabezas tiene asiento ese escepticismo general que corroe la entraña de las modernas sociedades.

Si su cooperación negativa, sería imposible esta inundación del mal que todo lo arrolla y desvasta. Incredulos en religión, indiferentes en política, exépticos en filosofía y egoístas en las manifestaciones todas de orden religiosa, son criminales verdaderos, no tanto por lo que hacen, como por lo que omiten; por cuanto que hay pecados gravísimos de omisión.

¡Estorba Dios! ¡Estorba Cristo! oyen decir públicamente, y no obstante su criminal cobardía, y el miedo cerril que tienen a los descaradamente enemigos, les cierra la boca para protestar contra tanta blasfemia y para sacar la cara en favor de la causa santa, de la Religión ¡cuánta abominación! ¡cuánta imbecilidad!

¡Insensatos!!

M.

UN DIVORCIO

Años atrás contrajeron matrimonial enlace, con pompa y solemnidad inusitadas, los distinguidos señores don

Justo Medio y doña Prudencia Cómoda.

Todos cuantos asistieron a la boda hacíanse lenguas de la felicidad que le esperaba a aquel modelo de matrimonios, en el cual la luna de miel había de ser siempre creciente, menguante jamás.

Don Justo Medio era un varón integerrimo, grave, recto, que no se dejaba llevar de las impresiones del momento y que medía y pensaba las palabras antes de pronunciarlas.

Su esposa, doña Prudencia, se pasaba de dulce, de acaramelada. Todo le parecía bien mientras no le turbasen las digestiones o el sueño. Dedicada al dulce farniente, no podía comprender que nadie se moviese, que se agitase nadie por nada.

—Es preciso tomar las cosas como vienen—decía filosóficamente doña Prudencia.—Los tiempos actuales no son los pasados—continuaba diciendo con Pero Grullo;—y si ahora el mundo va por camino diferente, si las corrientes de la sociedad actual no van por donde iban las de antaño, oponerse a ellas, tratar de hacerlas volver a su cauce, es una torpeza que puede acarrear consecuencias funestísimas.

—No te colocas, Prudencia, en el verdadero punto de vista—replicábale don Justo;—pues siempre el mal ha sido opuesto al bien, y si el mal en el día se muestra más arrogante, es porque el bien le ha cedido el campo.

—No es eso, Justo, no es eso, y no en balde me impusieron el nombre de Prudencia, a la cual personifico dignamente, aunque no debiera yo decirlo.

—¡Ya lo creo que no debieras decir tal cosa! Porque te olvidas de que eres Prudencia Cómoda.

—¿Y qué?

—Nada; que la prudencia cómoda es el disfraz del egoísmo, por lo menos.

—¿Y por lo más?

—El de la cobardía.

—Me admira que quien se llama Justo Medio se exprese así.

Pues nada más puesto en razón; porque quien se coloca en el justo medio da a cada cual lo suyo.

—No se ve ahí brillar la modestia.

—Si se ve la justicia, basta; y la justicia dice que si al malo le irrita ver al bueno, y al pobre le causa envidia ver al rico, y al enfermo le molesta la presencia del sano, no ha de enfermarse éste, ni empobrecerse y malearse aquéllos.

—Pero la prudencia aconseja que ni el sano, ni el rico, ni el bueno, hagan ostentación de su salud, de su riqueza, ni de su bondad ante el enfermo, el pobre y el malo.

—La prudencia cómoda, sí; mas la prudencia justa, no.

—¿Y qué pide ésta?

—Pide y ordena que el bueno haga actos de bondad para convencer al malo, si es posible, y pide y ordena que el malo no haga daño al bueno y se convierta; que el rico proteja al pobre y el pobre se conforme con su suerte; que el sano ayude al enfermo y le cuide y el enfermo acepte su cruz.

Como doña Prudencia Cómoda no podía estar conforme con los razonamientos de don Justo Medio, resolvió separarse de él y abandonó su casa.

Desde entonces andan aquélla muy lejos de éste, inclinándose, por lo tanto, del lado menos conveniente y dando siempre la razón a quien no la tiene

ELOY REQUENA.

El Dulce Nombre de María

¡Estrella del mar, Virgen María, de la infinita creación Señoral
Tu nombre es un raudal de poesía, de fe, vida, y placer engendradora; y al corazón del hombre da alegría; miel a sus labios, música sonora a su oído, a su ánimo consuelos en el afán de sus mortales duelos.

Tu nombre es una música más grata, que cuantas escuchó la baja tierra. Cuantos ecos la atmósfera arrebatada en bosque o llano, población o sierra; cuantos el viento en su extensión dilata robándoles al mar que les encierra, no imitaron jamás la melodía del dulcísimo nombre de «María»

José ZORRILLA

La prensa neutra

La prensa neutra, pseudo informativa, porque reduce la información a la sola exposición de hechos (y aun así omitiendo cuanto pueda perjudicar sus miras y sobre todo sus intereses) silenciando todo lo que pueda revelar un juicio propio o una opinión propia que sirva para formar convicción y regla de conducta, sin lo cual ni lógica ni gramaticalmente hay ni puede haber informe (véase esta palabra en el diccionario) y no hay ni puede haber información sino todo lo más relato o relación, casi al modo «papagallesco»: o charla insustancial e incoherente cual del mono con la linterna apagada, que nos pintó el Fabulista, es la que se aparta, voluntariamente, del campo de la política (en su sentido estricto) que es en donde en la Edad Contemporánea, prosiguen la eterna pelea contra la Iglesia y civilización católicas, los que desde el principio se declararon enemigos combatiendo primero sus dogmas, luego su filosofía y su historia, y siempre y en todo vencidos.

Para no hacerse odiosa, dice esta prensa neutra, que se aparta de la política y de los partidos políticos; y abusando de la letra y el espíritu de las palabras del Apóstol, pretende justificar éste su «apartamiento» con el propósito que dice tiene de *ganar a todos haciéndose de todos*. ¡Y no advierte o